

## CÓMO NACIÓ LA NAVIDAD

Por Gisela Muñoz Ríos

Cuentan nuestros antepasados que cuando todavía se viajaba en mula, y los caminos eran brechas segadas con el machete, el otoño le daba la bienvenida al invierno con la última brisa húmeda y caliente. Lo llamaban Ejekatl. Recorría toda la Huasteca Potosina hasta llegar al pueblo más lejano. Chocaba con las montañas y se transformaba en niebla. El impacto era tan fuerte como el trueno de la tormenta, y el eco se confundía con el rugir del ocelote.

La sierra temblaba y abría paso al que reclamaba su dominio, Nahualli, el brujo, despertaba. Bajaba al pueblo como bestia o como hombre, siempre sigiloso como coyote. Desaparecían cabras, perros y hasta becerros. Hombres grandes y fuertes que se atrevieron a mirarlo a los ojos también desaparecieron. La gente vivía horrorizada. No convivían, temían por su vida y por la de sus hijos.

Las noches invernales eran más oscuras, no había una vela en el cuarto de un niño ni una brasa prendida en los fogones. No se escuchaban risas en el interior de los hogares, en ese tiempo la gente no creía en nada bueno.

Las personas pasaban la temporada triste, desconsolados, con miedo, e invadidos de ira.

Un 24 de diciembre. Un año en el que Ejekatl llevó el invierno unos días después de lo habitual, tres hermanos, Eyi, Naui, y Chikome, se encontraban en la sierra. Buscaban corozos para llevarle a su padre. Sintieron en sus rostros el viento cálido que retumbó en el risco, retornó helado, y desafiante entre las copas de los árboles. Los niños se quedaron paralizados. Su papá les había advertido que no subieran más allá del risco colorado, pero habían visto a lo lejos una chocha hermosa, con ramilletes de flores grandes para llevarle de regalo a su madre. Estaban a gran distancia de casa, y el viento avisaba que Nahualli había despertado. Eyi se echó el costal al hombro con los corozos y la chocha. Agarró el machete. Empezó a abrir brecha. Naui cubrió con su rebozo al pequeño Chikome de cuatro años, y lo cargó en su espalda para avanzar más rápido. La niebla ya se había formado. No podían ver más allá de ellos mismos. Desorientados y temerosos llegaron a un pequeño claro.

Los últimos rayos de sol brillaban como luciérnagas moribundas entre las ramas. Una luz destelló entre las hierbas. Los niños se dieron cuenta que había una cueva. Aullidos sonaron retumbando entre la cavidad, parecía que había muchos animales dentro. Chikome bajó de la espalda de su hermana, y corrió hacia la entrada. Sus hermanos lo siguieron hasta alcanzarlo. Se quedaron tras una roca que les permitía esconderse. Los pequeños vieron huesos entre la tierra. El hedor era insoportable. Es Nahualli, dijo Eyi, ¡no se muevan! Observaron a una bestia cornuda, con cuerpo de coyote. Tocaba con su garra una figura dibujada en la pared de la cueva, semejante a un hombre con penacho parado sobre un diablo. Un resplandor iluminó el muro mientras Nahualli gritaba, venga su miedo y alimente mi espíritu, venga su ira y transforme mi esencia en la forma que me rige. Los cuernos cayeron. La piel con su pelaje comenzó a desollarse. Se desmayó al instante. Quedó retorciéndose sosegado entre el polvo. Chikome, moviéndose lentamente, agarró los cuernos. Naui tomó la piel. Los metieron al costal de Eyi. Los niños salieron presurosos de la cueva. El miedo les enfrió la sangre, y les erizó los pelos de punta. No dejaron de correr cuesta abajo. El aire frío quebrantaba sus pasos. Las ramas se sentían como manos inquietantes estriándoles la ropa.

En la falda de la serranía la neblina cesaba, a lo lejos vieron una llama encendida. Escucharon sus nombres en un grito atormentado, era la voz de su madre. Salió a buscarlos sin importarles encontrarse con el mismísimo demonio. Al verlos lloró y los abrazó.

Al llegar a su casa, los niños les contaron a sus padres, y a sus otros cinco hermanos, el horrible acto que habían presenciado.

La familia, impulsada por los tres niños se armó de valor. Esa misma noche en víspera del día 25 de diciembre tocaron de puerta en puerta. Contaron la historia al resto del pueblo. Les explicaron como el brujo se alimentaba del miedo, y así hacía crecer su poder.

La gente recobró su valor y empezó a sonreír, comenzó a salir, se abrazaron, prendieron velas, fogatas, y quinqués. Se encendieron los fogones y repartieron café y té de frutos de temporada.

Un rugir momentáneo se escuchó a lo lejos. Nahualli quería imponer su presencia. Ya era demasiado tarde. La gente reconoció su temor. Decidieron que juntos lo podían enfrentar. Comenzaron a decir uno tras otro, el miedo ya no vive en mí, esta

noche siento paz, amor y alegría. Alaridos se hacían presentes en el ambiente. Las voces de los hombres sonaron aún más fuerte y se transformaron en una plegaria. Las personas convirtieron sus palabras positivas en cantos y así nacieron los villancicos.

Los jóvenes tomaron los cuernos del costal. Los amarraron a una tabla de madera y los colocaron sobre su cabeza. Se seguían unos con otros, hasta que aquello se convirtió en un baile. Así comenzaron las danzas tradicionales.

Los tres hermanos empezaron a narrar y actuar su travesía. Mencionaban al diablo que se les atravesó en el camino. Describían a su madre como un ángel, y la luz de la vela en sus manos como una estrella en el cielo que los guio de regreso a casa. Ya con el tiempo esta historia se modificó y le llamaron pastorela.

Eyi tomó su costal y repartió las cosas que traía dentro. A su madre le regaló el ramillete de flores de chocha, blanco como la nieve, estaba tan brillante que decidieron ponerlo en una maceta a manera de árbol. Lo adornarlo con los corozos, verdes, y amarillos, que los niños cortaron para su padre. Los ancianos le colocaron una vela en la punta como símbolo de amistad entre todas las familias del pueblo. Con el devenir de los años se empezó a usar un pino, esferas, luces y una estrella en la punta en vez de vela.

A los niños, Eyi les regaló la piel que Naui guardó en el costal. La colgó de un árbol con una soga. Ellos comenzaron a jugar felices, pegándole con un palo, como símbolo de alejar todo lo malo lejos de su pueblo.

Nahualli se debilitó tras las muestras de amor entre los hombres. Lo más poderoso para derrotar la maldad es la tranquilidad, la alegría, el cariño, y la unión.

El brujo regresó a su cueva, tocó la figura en la pared de piedra que se quebró al instante, y desapareció.

Así nacieron las tradiciones navideñas en aquel pueblo lejano de la Huasteca. Año tras año después del suceso, Ejekatl arrastraba un aire invernal lleno de felicidad. Se organizaron nueve fiestas antes del día 25 de Diciembre, en honor a los nueve miembros de la familia que decididos a contar su historia salieron en la oscuridad a tocar de puerta en puerta, y cuya acción llevó al pueblo entero a recobrar su valentía. Estas fiestas ahora son llamadas posadas y se celebran en familia llenas de amor y alegría.